

Y están sanos: duermen bien, tienen apetito, nunca les duele la cabeza y el corazón mucho menos.

Jamás pasan un mal rato, puesto que por nada se interesan.

¿Serán felices? Ellos indudablemente tienen algo adelantado, pues con una sensibilidad casi nula y una voluntad casi negativa se libran de la mayor parte de los padecimientos morales que á otros agobian.

Parece que en semejantes hombres ¡triste felicidad! sobran las ideas, sobra el elemento espiritual, sobra el alma.

Nos convenceremos más de esto cuando asistamos á algunas de sus conversaciones.

III

Una mañana estaba D. Deo-Gracias sentado á la chimenea fumando descuidadamente un cigarrillo, mientras D. Arturo registraba las últimas noticias de *La Correspondencia*.

El hombre á la moderna interrumpía de vez en cuando la sabrosa lectura que había destinado para desayuno con objeto de dirigir tal cual pregunta al hombre de las antiguallas, ó de hacerle esta ó la otra oportuna advertencia.

Cruzábanse á menudo, entre las juiciosas observaciones que solían hacer los dos hermanos, algunas picantes bromas, que salpimentaban discretamente el diálogo, haciéndolo, si no muy animado y festivo, en extremo curioso, interesante y agradable.

El viento silbaba azotando con violencia los vidrios del balcón, y el agua caía á torrentes

—¡Buena noche para el baile de la marquesa del Nardo!—dijo D. Arturo.

Me alegro, contesto D. Deo-Gracias. Algo deben costar sus diversiones á los que tan partidarios de ellas se muestran, y razón es que el viento, la lluvia y la escarcha, pesando sobre su organismo, les exijan un tributo que el Gobierno se ha olvidado de imponer sobre sus bienes de fortuna.

—Te equivocas mucho, querido Deo-Gracias, porque siempre pierdes de vista las diferencias sociales, y nunca paras mientes en la superioridad que el siglo actual ostenta sobre aquellos otros que, llenos de oscuridades y aberraciones, se hundieron para siempre en los abismos de la nada ¿No sabes que la intemperie ha perdido ya su jurisdicción sobre el mundo *fashionable*? ¿No sabes que hoy sólo ejerce su funesto imperio sobre la gente *cursi*, en cuya dilatada colección están comprendidas, y ocupando un lugar preferente, todas las personas que conservan una deplorable afición á las rancias costumbres del tiempo de *Mari-Castaña*? ¿Qué es la lluvia para una mujer elegante? ¿Qué es el granizo para un opulento banquero? ¿Qué significa la palabra frío en el atildado y culto lenguaje de los salones? Nada. Chocheos peculiares de los hombres que vivieron en otras edades menos perfectas. ¿Acaso piensas que uno solo de los convidados á esa magnífica *soirée* tendría el original y democrático capricho de ir á pie?... ¡Humoradas tienes que me hacen feliz!

Y terminó lanzando una estrepitosa carcajada.

—Mucho gozo en oírte hablar de esa manera en

ver que te dejas arrastrar de un *casi entusiasmo* hasta ahora desconocido en tí, y que parecía ageno á la indole de tu organización y al temple de tu alma. Pero lo que más extraño es ver que, si calzas el trágico coturno, es sólo para deshacerte en ditirambos de honra y gloria de una clase de la sociedad de la cual parece debieras estar más separado por el giro de tus ideas. Pero está visto que las ideas y las costumbres de los hombres pocas veces están en una racional armonía. Yo también noto en mi género de vida esos inexplicables desacuerdos.

—Desacuerdos que lo son nada más que en apariencia, repuso D. Arturo, porque es vicio muy común en los discutidores que tienen poca solidez en sus pensamientos, en los lógicos que después de esforzarse heroicamente por ser exactos descubren una pueril inexperiencia en sus juicios y racionios, el confundir bajo un sólo concepto ideas y cosas distintas y aun opuestas formando un *totum revolutum* que da lástima y risa. Si yo amo el progreso, y creo que debe buscarse el modo de mejorar la condición de algunas clases sociales, no es esto una prueba de que tengo afición á esas clases por sí mismas, y sobre todo en su actual estado, porque si el médico asiste con esmerada atención á los enfermos para llenar sus sagrados deberes, necio será el que crea que ha de buscar á alguna tísica ó clorótica para dirigirle sus galanteos y gustar en sus apagados é inciertos ojos las plácidas delicias con que el amor, según dicen, enloquece á los mortales.

—Y, según dicen, á tí también te enloquece.

—¡No tanto! Yo no he de morir ni de locura de amor, ni de *empacho* de patriotismo.

—Lo creo, respondió D. Deo-Gracias, por más que otras noticias cundan entre tus amigos.

—Cada cual puede pensar del modo que juzgue más conveniente.

—Esas son tus doctrinas, y es lamentable que no pongas empeño en hacerlas triunfar, ya que tan constante defensor de ellas te muestras.

—No me creo llamado á realizar ningún hecho importante.

—¡Notable modestia que parece reñida con el espíritu del siglo!

—Si he de hablarte con la confianza que debe reinar entre hermanos, dijo D. Arturo dando á sus facciones una marcada expresión de franqueza, te confesaré que no pocas veces me he sentido lleno de pasajeras inquietudes, cuya causa atribuyó al influjo maligno de ese génio, atormentador perenne de la humanidad, que yo llamaría *el demonio de la ambición*, si hubiese de hablar en el lenguaje exclusivo de la escuela filosófica que llena de brillantes risueños tu cabeza y la de todos tus correligionarios; pero como sobre mí no tiene poder eficaz ningún dominio, porque en la inercia de mi corazón hay fuerza bastante para rechazarlos, pasan esas ligeras incomodidades, y vuelvo á quedarme tan tranquilo y satisfecho.

—No puedo condenar esa conducta, que imito como tú ves, un día y otro.

—Verdad es que si yo no soy un *Marat* tú tampoco pareces un *Tertuliano*.

—Mi corazón no es capaz de grandes esfuerzos y yo procuró no violentarlo.

—Haces bien: el fanatismo es el pecado más feo

y ridículo de todos aquellos que suelen manchar la conciencia humana.

—¡Y qué temible es el ridículo! Yo soy católico; pero no se me caerá ninguna iglesia encima.

—Ni á mí me verás nunca adornado con los harapos en que la demagogia hace consistir sus más ricas y codiciadas preseas...

Al llegar aquí los dos tibios se despidieron con nuevas risotadas y un apretón de manos que indicaba la extraña identidad de sus corazones.

IV

—¿Con que se decide V. á viajar? decía una joven encantadora á D. Arturo, veinte días después de aquel en que se efectuó la entrevista de los dos hermanos que acabamos de narrar.

—Sí, querida Magdalena: dispense V. si pongo un ligero paréntesis al amor que me inspiran esos encantos.

—Yo creo, repuso la joven, que en ese paréntesis pueden quedar comprendidos todo el amor y todos los encantos de que V. habla.

Y se columpió con impaciencia en su hamaca, golpeando los brazos de ésta con sus dedos nacarados.

—Es V. demasiado severa, y no tiene razón. El que haya pedido á V. permiso para alejarme por un breve plazo, que no llegará al trimestre, antes de que se efectúe nuestro dichoso himeneo, no es motivo para que V. me lance una filípica...

—¡Filípica! ¡Dios me libre! respondió Magdalena con desdeñoso acento.

—Filípica elegante, filípica de buen tono; porque esa sonrisa de incredulidad y esos epigramas con que V. me abruma no otra cosa significan.

—Pues nada, Arturo, soy completamente de la opinión de V., y apruebo sin reserva de ningún género el plan que ha formado. Solo le ruego una cosa.

—Hable V., dijo helado D. Arturo.

—Que después de partir me escriba V. avisándome el día de su regreso.

—No adivino...

—Para viajar yo entonces por espacio de otros tres meses.

—¡Magdalena!

—Quiero seguir la prudente conducta de V., quiero seguir su noble ejemplo. Ya ve V., Arturo, cuán inclinada soy á su modo de obrar, que me propongo en adelante ajustar á él todos los actos de mi vida, y que en todo y para todo me sirva de norma.

—Magdalena, V. ha dado á mis palabras un sentido y una significación que no tienen.

—No, Arturo, no. Yo las he tomado en su natural sentido, en su genuina significación, y lo que siento es que nadie, por más que ponga empeño en pensar caritativamente, podrá interpretarlas de otra manera. Su excusa de V. para llevar á cabo nuestro enlace es tan frívola que todos han de creerla un modo de tronar guardando las formas que exige el buen tono.

—¿Y qué importa á V. la opinión de los necios?

—La opinión de los necios es, por desgracia, la que da su *opinión* á las mujeres, y esta *opinión* es el

título por el cual tenemos derecho á llevar alta la frente. Por más que yo crea injusto que no se nos someta á tribunal de más ilustración y competencia, la verdad es que ese inmenso jurado compuesto de personas de ambos sexos que se forma en los salones, cafés y casinos, ese inexorable jurado lleno siempre de pasioncillas innobles, entre las cuales no es la envidia la que más tarda en presentarse, pronuncia su *verdicto* acerca de nuestra fama, y nos salva ó condena sin oírnos, sin permitirnos defensa y sin recurso de apelación en esta vida.

D. Arturo se encogió de hombros y contestó con su calma acostumbrada.

— Da V. una importancia tan grande á lo que no la tiene, y se alarma de tal modo por lo que no lo merece, que cualquiera al oírlo podría creerlo en peligro de perder una reputación tan acrisolada.

— No quiero ser blanco de las burlas de mis amigas, respondió con viveza la joven interrumpiendo á su interlocutor. No quiero tener que dar explicaciones á todo el mundo sobre las excentricidades de usted, la rareza de su carácter y la inconstancia de su corazón; ni me conviene dejar envuelto en un misterio incomprensible y que se brinda á comentarios poco piadosos una página de mi vida, quizás la que sobre mí ha de atraer la atención de todos los desocupados, curiosos y murmuradores de oficio. Por iniciativa de usted, y casi cediendo á sus súplicas, habíamos convenido en efectuar una unión que no sé hasta qué punto podrá hacernos venturosos; y cuando por librar á usted de una posición desairada, más bondadosos que prudentes hemos dado publicidad á la noticia, asegurando la aproximidad del enlace, usted quiere

ahora ponernos en berlina yéndose á viajar; sin un pretexto honroso que oponer al cúmulo de conversaciones que podrán surgir de las oscuridades de este suceso. Pues bien, caballero; sepa usted que desde este momento quedan rotas nuestras relaciones para siempre, y que soy yo quien las rompe.

Y la joven se marchó precipitadamente, dejando á D. Arturo con la palabra en la boca.

V

Una hora después D. Arturo conversaba con don Deo-Gracias con la eterna serenidad que le caracteriza.

— Sabes que acabo de tronar con Magdalena.

— ¿Qué me cuentas? Es lástima. Parecía buena muchacha.

— ¡Encantadora!

— ¿Y por qué te has portado así?

— La dejo por demasiado buena y bella: la dejo porque empecé á sentir, ó más bien, á adivinar los primeros síntomas de una pasión insensata.

— ¡Qué rareza!

— Tal vez podré casarme con una mujer que me sea casi indiferente; pero nunca con una de quien esté enamorado.

— ¡Cómo!

— Desde que sospecho que estoy en peligro de perder mi serenidad me pongo en cura.

— Luego para tí el amor....

—Es una enfermedad terrible. Repara en los síntomas con que se presenta. ¡Palpitaciones de corazón... insomnio... desvario... demencia!... Nada. ¡Dios me libre!

—Haces muy bien. Y por lo que veo tú has sido...

—Yo la he llevado las calabazas; pero la he firmado el recibo de ellas.

—Eso está muy en regla.

—He querido que ella se quede con todo su puntonor, y yo con toda mi tranquilidad.

—Lo apruebo. *Antes que te cases mira lo que haces.* Cuando un hombre vive con gusto en un estado, no es acción discreta buscar otro donde quizás encuentre disgustos, sobresaltos, incomodidades. Pero ¿sabes que el día ha sido fecundo en acontecimientos de esa índole?

—¡Cómo!

—Yo también he tronado con unas cuantas sociedades benéficas y patrióticas á que pertenecía. Esto de las sociedades es muy chistoso. ¿Quieres hallar el modo de disponer del tiempo y dinero de todo el mundo? Es muy fácil. Funda una sociedad.

—Cierto.

—Ya no quiero pasar por hombre benéfico, ni patriota, ni religioso. Por que haya un tonto más no creo que han de salvarse la religión ni la patria; pero si por este medio se salvaran, ten por cierto que el tonto no he de ser yo.

—Estás hecho un sabio.

—También he despedido dos periódicos que dicen ser de mis ideas, y voy á poner un anuncio en *La Correspondencia* prohibiendo que me conviden para el entierro del que no me hubiere convidado para su boda.

—Es muy justo.

—Yo no apetezco más que vivir tranquilo con mis vicios ó virtudes.

—La *vida es sueño*.

—Y si no es *sueño* por lo menos es *reposo*.

—Yo también he mandado á paseo á un antiguo amigo y correligionario, que dice se ha batido por la causa que me es tan simpática, y hoy que está pobre y enfermo se me quiere pegar á las costillas. Me pedía doscientos reales para curarse, y yo le he contestado con esta pregunta:

—¿Quién te mandó meterte en el colmenar sin careta?

—No has podido estar más acertado. Somos los dos hermanos más hermanos que hay sobre la tierra.

Después de oír hablar á estos hombres creemos inútiles los comentarios, y por lo tanto concluimos.



El mayor de los males



El mayor de los males

LA indiferencia de que, en materia de religión, adolecen los hombres en nuestro siglo, es la fuente de todos los infortunios que nos abruman, de todas las calamidades que afligen á los pueblos en nuestros días.

Amamantado por Voltaire y los enciclopedistas que por desgracia mecieron su cuna, el espíritu de nuestro siglo fué después creciendo entre el humo de la pólvora, entre el fragor de los combates, entre la hiel de las civiles discordias. Educado en tan funesta escuela, que desde luego le enseñó á perder el miedo, y, lo que es más grave aún, el respeto al principio de autoridad y el amor á las glorias tradicionales que habian formado el carácter enérgico y heroico de todas las nacionalidades modernas, se despojó de todos los elementos de grandeza sobre que pudiera cimentar su fuerza, así como también las esperanzas de futuro poderío. Muy en breve hizo corte de cuentas con la Divinidad, á quien consideraba hartamente distante de

la humana pequeñez, y muy embebida en las delicias de la felicidad suprema para que quisiese sostener relaciones de ningún género con los habitantes de este desventurado planeta, entregado por completo á sí mismo y regido por el impulso de las desatentadas pasiones de sus moradores.

Sin embargo, á la par que separado del cielo, de la supernaturalidad, y encerrado cada vez más dentro de su propia esfera, se hacía cada instante más positivista más apegado al oro, representante de todos los placeres á que pudieran extenderse sus aspiraciones, más adorador de los intereses materiales, ya que sus ojos no vislumbraban nada más allá de la materia, un espíritu novelesco y aventurero se apoderó de él, como haciéndole nueva revelación de aquella grandeza que en vano intentaba aniquilar en la locura que precede al suicidio. Soñó un progreso indefinido, soñó descubrir nuevos horizontes, soñó encerrar lo divino en lo humano, lo inmenso en lo limitado, la eternidad en el tiempo.

Este fué el momento que aprovechó la filosofía alemana para presentarse. Llena de pensamientos más altos, más grandes, más brillantes que los que recibiera nuestro siglo en herencia de los enciclopedistas, estaba destinada también á sembrar en la inteligencia errores más vastos y á influir más poderosamente en el porvenir de las naciones modernas. El hombre no podía subir hasta Dios, y esta filosofía quiso hacer descender la naturaleza de Dios hasta el hombre, y confundir ambas naturalezas y adornar la frente humana con la aureola de la divinidad.

Oigamos lo que dice acerca de ella el padre Ventura de Raúlico:

«En suma: estimando como se merece á la noble y generosa nación alemana, no estoy por sus filósofos, exceptuando á Leibnitz. ¿Qué han sacado en limpio de sus tenaces investigaciones, de sus inmensas tareas? Han demolido lo que restaba de verdades cristianas, de verdades primitivas, de verdades tradicionales, y que tres siglos de protestantismo habían dejado en pie. Lejos de haber descubierto verdad alguna nueva, ni siquiera han podido inventar un nuevo error. Todo lo que han hecho se reduce á exhumar y presentar al mundo en traje moderno, que por cierto vale menos que el antiguo, ya el *dualismo*, ya el *panteísmo*, ya el *ateísmo* y el *materialismo*, ya el *excepticismo* de los tiempos pasados. Cuando se leen los escritos de los filósofos alemanes de ahora, se cree uno estar leyendo los de los filósofos paganos; solo que se echa de menos en aquellos la franqueza, la claridad y el estilo que en éstos se encuentra.»

La filosofía alemana, bien mirada, no es otra cosa que el esfuerzo que hacen espíritus enfermos de enfermedad de orgullo para obligar á que se acepten palabras sin significación, ideas sin realidad, doctrinas sin importancia, cuando no funestas. Semejante esfuerzo ha tenido, como debía tener, gran éxito en un pueblo que con frecuencia se deja llevar por las teorías mejor que por cosas prácticas; por lo ideal mejor que por lo positivo; por lo abstracto mejor que por lo concreto. Equivocando aquel pueblo lo oscuro con lo profundo, lo ininteligible con lo verdadero, no admira, ni tiene por filosofía sino lo que no comprende, y solo reputa por filósofos á aquellos que no se dejan entender ni se entienden á sí mismos. De aquí el gusto por esa monserga que nadie entiende, ni aun

los mismos que la usan, y que no obstante, hace todo el gasto de la filosofía alemana. Allí no se habla más que del *yo*, de la *razón pura*, de la *razón refleja*, de la *razón trascendente*, de lo *subjetivo*, de lo *objetivo*, de lo *absoluto*, de lo *finito*, de lo *infinito*, de lo *indefinido* y de otras voces tomadas en sentido contrario, de las cuales se hace un detestable abuso. Pero despojad esas doctrinas escarpadas, esas ficciones más propias aún de imaginaciones delirantes que de entendimientos ciegos; despojadlas del galimatías en que se esconden, tan repugnante al buen gusto, como oscuro para la razón; traducidlas á un lenguaje inteligible, y ¿qué venís á descubrir? Nada original, fuera de la temeridad de la paradoja y del atrevimiento del absurdo; pero en cambio descubriréis todas las necedades, todas las groserías, todas las contradicciones, todos los errores de la filosofía antigua, al modo que en el fondo de un vaso de vinagre no se descubren más que sandijas.»



ÍNDICE

Páginas

Bufón y alquimista.—Zarzuela en 3 actos.	1
Revista diabólica.	127
El maestro de lenguas.	139
Tipos morales.	149
El mayor de los males.	169